

que lo leyó más de cuatro veces, no queriendo creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo menos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como había dicho don Ciriaco, y echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdón, y los dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó cómo había llegado aquel papel á mi poder, y entonces yo le referí sencillamente lo que había pasado, quién lo había hecho, por qué interés, y la palabra que yo tenía empeñada y que cumpliría con su licencia.

Mi madre me prometió que como el sujeto fuera igual á mí no habría embarazo; ya porque con aquella acción había manifestado que me amaba, y ya porque ella no quería verme expuesta á semejantes lances. — Pero mientras, me decía su merced, tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un anacoreta del desierto, que al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en esta materia mientras vivamos en el mundo. ¿Quién había de pensar que don Ciriaco era un hipócrita? ¡Ah! qué bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto.—En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta y mi novio más, porque ya me comenzó á visitar, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

—Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eufrosina, y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mujeres compuestas, no es por virtud, sino de coraje de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. ¡Ya se ve, que tú no dirás esto tan en general!

—No, ni lo permita Dios, decía la chata; ¡cómo había yo de ser tan temeraria! Uno es uno y otro es otro. Una cosa es la chanza y otra son las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos viejos muy honrados y verdaderamente virtuosos, así como hay jóvenes lo mismo, que hablan contra los vicios, ó por obligación, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo, como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo sólo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos, que quieren hacer de la necesidad virtud, pues con los buenos no me meto ni quiero oírlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha y me gustan la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero y no me he de enterrar en vida, sino que he de pasear y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé y no me quise meter á capuchina.

—Bien hayas tú, niña, decía Eufrosina; bien hayas

tú, que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quién nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester más para que comience á predicar.

Luego me dice:—Sí, todo se puede hacer, pero con orden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio; porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carnero lo que sus padres han tirado en toros...—De que mi hermano se suelta por este tono, no hay quién lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

—Y eso es lo que debemos hacer, decía la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso. Mi marido es un Juan Lanás que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, travesen, que coman cuanto hay y á las horas que quieran; y él siempre anda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque

aquél es soberbio, porque éste es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo:—Déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; están en su edad y es fuerza dar tiempo al tiempo; no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos; son muchachos, etc.;—pero nada me vale; al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera, es oír llorar á un muchacho. ¡Caramba! que por no verlos abrir el *huacal* era yo capaz de darles mi camisa. Y por esto me sucedió el otro día una mano bien pesada.

No sé cómo diantres vió Luisillo la repetición de su padre, que se olvidó sobre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintín; á los principios se lo escondí; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo dí, creyendo que no le había de hacer nada; pero no fué así, porque en un descuido se le cayó de la manita y se le hizo pedazos.

Consideren ustedes qué habría en casa luego que vino el señor y supo la avería de su relox, que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y tenía razón, porque en efecto era bueno, de música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí.—Esa es mucha indolencia, me decía, y mucho consentimiento. Así salen los muchachos licenciados, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea

justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es que los muchachos saben más de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren; están acostumbrados á que por no oírlos les den gusto y por eso lloran y más lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, más que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mujeres sin honor no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí, que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el reloj, de grande te romperá la cabeza. Aún no tiene malicia y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro día por los imposibles. Conque sigue, sigue malcriándolo, que tú lo llorarás.

Tal fué el sermón que me echó mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantárselo hasta la bendición, porque estaba el hombre muy enojado por su reloj.

—Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles? — Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro día empezó Luis á llorar porque quería jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que se lo dí, y al dárselo le dije:— Toma, que un día eres tú capaz de querer imposibles. —¿Quién se volvió á acordar de semejante expresión? Pues cádate ahí, que cuando menos pensé comenzó á llorar otra vez con más fuerza y á pedir los tales imposibles. Le dábamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas había en casa ó pasaban por la calle; pero no había modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podían pegar. —Éste es dulce, decía, éstas son rosquitas, éstas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles.—Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido, y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que se llaman *ayecotes*, los que él no había visto en su vida.

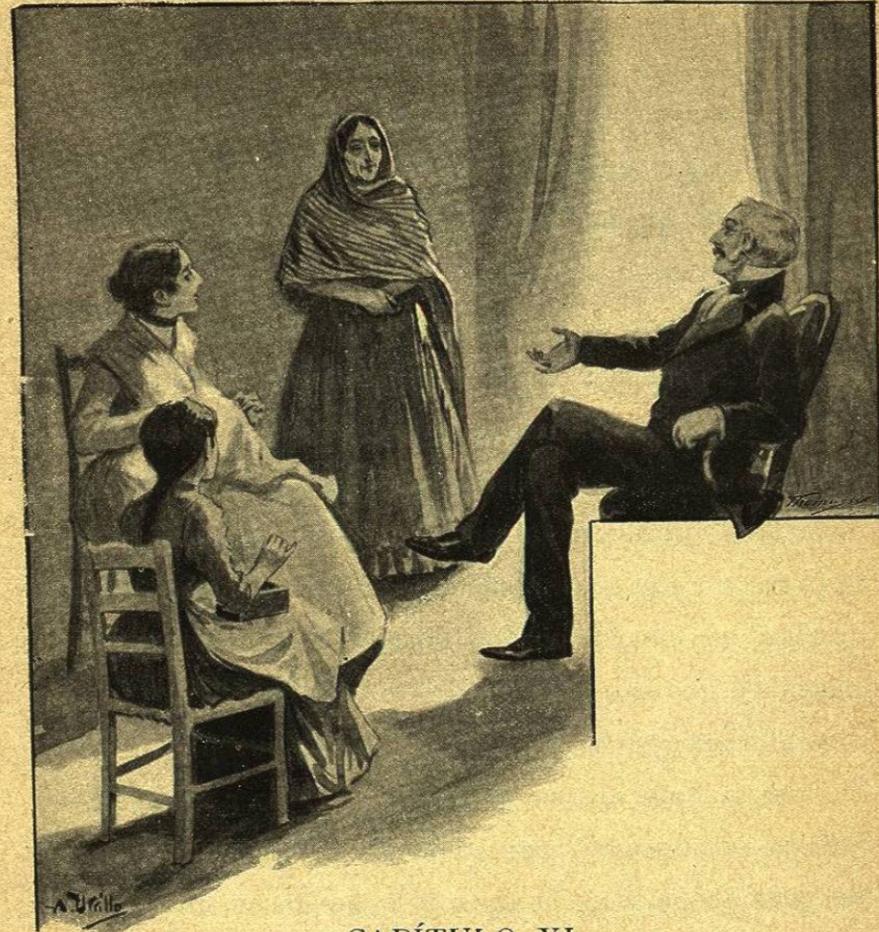
Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos y con sal. Como él no los conocía, y le ponderamos que había costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los días se

acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

—En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verías harto apurada, dijo Eufrosina.

Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo sería mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de éstas, que no me divertían ni una migaja.

Entonces me levanté con disimulo y me fuí á mi vivienda, donde se comentó por el coronel la última conversación de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.



## CAPÍTULO XI

Que se trata de la primera educación de los niños, y de otras cosas que no digustarán al lector

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y preguntó el motivo. Le contesté que había estado divertido oyendo platicar á la señora doña Eufrosina con sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la